

CAPITULO PRIMERO.

LA PALABRA DE PIO IX EN FAVOR DE POLONIA. *

La filantropía, la dulzura tan justamente alabada en nuestras costumbres y penalidades; la compasion sentimental reclamada y gastada por la publicidad cotidiana de tantas desgracias reales ó imaginarias, nada de esto ha prevalecido contra lo que parecia no ser sino una pesadilla, y que ha resultado un hecho de horrible realidad; el hecho del vampiro que chupa la sangre y la vida de una víctima desgraciada.

La conciencia pública, la piedad, el reconocimiento mismo, no han sabido sino encerrarse en el olvido y el silencio. En vano la Polonia presenta a nuestra vista el recuerdo de sus servicios y de sus títulos, el espectáculo de sus heridas y de sus agonías, la que ha sido por tantos siglos el baluarte sangriento de la Europa, la infatigable aliada de la Francia. Nada ha conseguido. Nada ha podido vencer el implacable descuido, la vergonzosa indolencia, la impasible indiferencia, la imprevision obstinada de la Europa contemporánea. No quiere que se le hable de un asunto gastado, reprobado. Quiere olvidarlo, quitarlo de su pensamiento, apartar sus ojos aletargados por la fatiga de la victoria y del placer. La cuestion está terminada; el *Times* ha dicho a sus correspondientes: «el riel esta roto.» Hablemos de otra cosa.

Los mas compasivos, los mas generosos, hacen lo que Agar, que se alejaba llorando para no ver la agonía de su hijo que moria de sed en el desierto. *Et abiit, seditque é regione procul*

* Véase en *l'Esprit de Pio IX*, segunda edicion, lo que hemos dicho sobre este asunto.

quantum potest arcus jacere; dixit enim: Non videbo morientem puerum.

Pero ved aquí que de en medio de este glacial silencio, de esta indiferencia universal, se levanta una voz, una sola, para responder al grito de angustia de la Polonia agonizante. Esta es la voz de la religion; voz dolorida, indignada, inmortal. El que es a los ojos de todos, amigos ó enemigos, fieles ó impíos, la mas bella personificacion de la religion en el mundo, ¡éste ha hablado! El Vicario de Jesucristo, del Hijo de Dios, muerto por los hombres en la Cruz, ha hablado por la nacion sacrificada. La elocuencia ha brotado en olas oprimidas é hirvientes del fondo de este noble corazon, del corazon de Pio IX, corazon de hombre y de Pontífice, donde la indignacion se ha desbordado con la piedad.

Solo el Santo Padre ha hablado. Ni las intrigas de la política, ni sus propios peligros, ni los hechos consumados han podido retener su voz. *

* ¿Qué han hecho ó dicho los otros soberanos de Europa frente a los cuales se guarda un silencio tan prudente? La Inglaterra, despues de haber animado en discursos públicos a los polacos a la resistencia, ¿no ha enervado todas las tentativas de la Francia para llevar a cabo una intervencion eficaz en su favor? Despues de haber concebido un momento el proyecto de declarar al emperador de Rusia que su conducta en Polonia equivalia a una verdadera decadencia, no ha renunciado de un golpe a esta noble aptitud por una simple amenaza de la Prusia? Una palabra de M. Bismark ¿no ha bastado para hacer temblar a la orgullosa Albion y determinar a su ministro, lord John Russel, a detener por el telégrafo a su correo que ya habia salido para San Petersburgo?

La Prusia, a quien se representa como el soldado de la causa liberal, ¿no ha concluido con la Rusia una convencion militar que no tenia otro fin que destruir la insurreccion?

La Italia, este valiente campeón de los pueblos, tan bravo contra el poder temporal, ¿no se ha limitado en un despacho del conde Pasolini al marqués Pepoli, firmado el 7 de Marzo de 1863, a «expresar la confianza de que el emperador desearia insistir en las reformas, tan desgraciadamente interrumpidas por la revolucion, y á reclamar de sus mismos votos la reconciliacion de dos naciones separadas por la fe y por la historia, pero unidas por la afinidad de

municase con él, y ordenó que Mr. Rzewuski, obispo sufragáneo y vicario general del arzobispo perseguido, tomase el gobierno en su lugar como administrador de la diócesis.

«Luego que el Santo Padre tuvo conocimiento de esta inaudita medida, se quejó enérgicamente, el 24 de Abril de 1864, en el colegio de la Propaganda, donde habia ido para venerar las reliquias de San Félix de Simaringa, y para asistir a la publicacion de un decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos. Mas tarde, expresando ante la Iglesia entera las quejas mas energicas, manifestó a los obispos del reino y del imperio, por la Carta encíclica de 30 de Julio de 1864, el extremo dolor que le causaba semejante atentado, y todos los males que abrumaban a la Polonia.

«¿Cuál fué el resultado de las reclamaciones del Santo Padre? No contento el gobierno imperial con el golpe terrible dado a la religion en las provincias lithuanieneses, para abrir mejor el camino a la consumacion del cisma, se preparó a dar otro aun mas terrible por el ukas de 8 de Noviembre de 1864, en virtud del cual, en contra de las declaraciones formuladas en el artículo VIII del protocolo relativo a los artículos reservados, la mayor parte de los conventos del reino fueron suprimidos y sus bienes confiscados. Aquellos que se conservaron provisionalmente, empezaron a ser establecimientos sujetos a la vigilancia de la administracion, y sostenidos a expensas del tesoro; en consecuencia, se llamaban conventos de Estado. El gobierno no ignoraba que en este reino los religiosos fueron en todo tiempo el sosten de la religion, y el principal baluarte contra las usurpaciones del cisma. No ignoraba que las casas religiosas uservaban con los monumentos históricos y sagrados de la Polonia, los numerosos testimonios de la piedad de sus abuelos; las imágenes milagrosas, las reliquias célebres, los santuarios de mas fama, objetos de una devocion secular para toda la nacion. Sabiendo el apoyo que el catolicismo encuentra en las órdenes religiosas, se apoderó ávidamente de la ocasion que le ofrecia la insurreccion domada, y dirigió todos sus golpes contra estas insti-

tuciones para consumar la empresa nefasta comenzada por sus predecesores: en Varsovia eligió para suprimirlos, aquellos conventos mas antiguos y florecientes, cuyas iglesias eran mas frecuentadas: en las provincias, tomó por blanco las casas donde se encontraban los cuerpos santos y las imágenes milagrosas; favoreció la salida de los religiosos fuera del reino, asignándoles a los que se retirasen al extranjero una pension mayor que a los que se quedasen en Polonia. En presencia de tales actos, la Santa Sede elevó las reclamaciones mas enérgicas por la nota de 30 de Enero de 1865, protestando contra estas medidas, cuya pretendida justificacion, expuesta con arte insidioso en una relacion elaborada por los enemigos del catolicismo, no podia ciertamente atenuar el vigor de las representaciones pontificias, ni quitar al ukas su carácter de injusticia, de violencia y de expoliacion.

«Entre el gran número de supresiones ordenadas por éste ukas, se nota la de cuatro conventos griego-unidos de los religiosos basilios, que existian aún en Lublin, Chelm, Biala y Zamosc, y que se cerraron para dar un nuevo y mas rudo golpe a la iglesia de Chelm. No se dejó subsistir mas que el convento de Varsovia. Mas no se limitaron a esto solamente las insidiosas medidas tomadas con perjuicio de estos desgraciados griego-unidos. Para hacer imposible la consagracion episcopal de Mr. Kalinski, el gobierno prohibió a este prelado, por una parte, que saliese del reino, y por otra, que invitase a algun obispo de su mismo rito, para que viniese a su residencia para celebrar este acto. Fué despreciada su autoridad en lo relativo al nombramiento de los officios eclesiásticos y direccion de su seminario, como si su iglesia no estuviese, así como las otras, bajo la garantía de las estipulaciones del Concordato. Se despojó a los patronos del derecho de presentacion a las parroquias del rito griego, y el gobierno se arrogó el nombramiento directo, proponiendo al obispo los candidatos que le convenian. Se redoblaron los esfuerzos para propagar entre los fieles ideas cismáticas, y se recurrió para esto al establecimiento de un

nuevo rito que se pretendía imponer, y a la eleccion de maestros y profesores imbuidos de falsos principios. La desgraciada iglesia de Chelm estaba pues amenazada de la triste suerte de las otras iglesias griego-unidas de Rusia y de Polonia, tan miserablemente arrancadas del seno de la union católica.

«Teniendo estas tristes nuevas, el cardenal secretario de Estado envió el 10 de Febrero de 1865, al gobierno imperial, una nota oficial, para recordarle las demandas hechas verbalmente en varias ocasiones en favor de estas iglesias, suplicándole, además, quitase las prohibiciones por las cuales se impedía la consagracion de Mr. Kalinski; respetase su autoridad conforme al concordato; reconociese los derechos de los patronos, y dejase a los fieles en la pacífica posesion de la santa union.

«Pero todas estas tentativas debían ser vanas ante el proyecto acordado de destruir poco a poco la autoridad de la Iglesia en el reino de Polonia. Por una circular de 10 de Febrero de 1865, el príncipe Czerkaski sometió a condiciones inícuas la publicacion de las cartas pastorales y ordenanzas eclesiásticas de los obispos de Polonia. En Varsovia no se cansaba de abrumar con vejaciones al respetable vicario general Mr. Paul Rzewuski. En fin, en Octubre de 1865 lo desterró a orillas del mar Caspio, para castigarlo, según la relacion misma del gobierno, por haber tenido correspondencia con la Santa Sede y haber comunicado sus decretos a los obispos de la provincia. En la misma ciudad, después de la deportacion de Mr. Rzewuski, aunque en su solicitud episcopal el arzobispo de Varsovia, previendo la triste suerte que amenazaba a su vicario, hubiese designado otros dos dignos eclesiásticos para reemplazarlo sucesivamente en el ejercicio de su jurisdiccion legítima, el gobierno, que estaba perfectamente instruido de este hecho, ordenó al cabildo que nombrase sin dilacion un vicario capitular con menosprecio de las leyes de la Iglesia, y repugnándolo las disposiciones del concordato; después intentó ejercer la mas

fuerte presión sobre los canónigos para obligarlos a obedecer y elegir un individuo en quien el gobierno tenía puesta toda su confianza. Habiendo tenido conocimiento de todos estos actos de las autoridades rusas, el Santo Padre, escribió, el 21 de Diciembre de 1865, al canónigo Sczezigicki, el primero de los dos sacerdotes designados por el arzobispo para regir esta diócesis en estas críticas circunstancias, a fin de que, poniendo su confianza en el poder de Dios, no desechase la pesada carga que le había sido confiada, y que podía por otra parte aligerar recurriendo en el ejercicio de sus funciones, al auxilio de eclesiásticos dignos y capaces, los que sin embargo no deberían usar de los poderes así conferidos mas que en los límites estrictos determinados por él.

«Las violencias que acabamos de referir, dieron al Santo Padre un motivo justo para reiterar el 27 de Diciembre del mismo año sus quejas al encargado de negocios de Rusia, que con motivo de las fiestas de Navidad, había sido recibido en audiencia particular por Su Santidad. Habiéndose empeñado la conversacion sobre el estado doloroso de los asuntos religiosos, el Soberano Pontífice no pudo evitar el quejarse resueltamente por los obstáculos que habían impedido hasta ese momento la consagracion del obispo electo de Chelm; obstáculos que no quería imputar al emperador cuya alma generosa conocía, sino mas bien a hombres que obraban contra las intenciones de su Majestad. Manifestó en seguida su dolor por ver a Mr. Felinski alejado de su diócesis; su vicario encarcelado; el Cabildo de Varsovia amenazado de serios trastornos, a consecuencia de la intimidacion que el ministro del interior y del culto pretendía ejercer sobre sus miembros, para obligarlos a proceder a la eleccion de un vicario capitular para una sede que tenía su arzobispo, y donde se encontraban entre los mismos canónigos, dos representantes de este prelado. El encargado de negocios no temió objetar la exactitud de estos hechos, por mas que fuesen de notoriedad pública. Después de algunas alusiones in-

Al principio de la insurrección de 1863, Pio IX se dirigió directamente al emperador de Rusia, y le escribió dos cartas para defender la causa de los Polacos.

En Julio de 1863, envió a Viena al cardenal Reisach, con el encargo de insistir cerca del emperador de Austria « a fin de que tomase resueltamente en consideración la defensa de un pueblo heroico y martirizado, y la de la Iglesia católica amenazada. »

El 11 de Setiembre del mismo año, el Papa ordenó se hiciesen oraciones en favor de la Polonia, « este antiguo baluarte de la cristiandad, » y no se explican los reproches que dirigen hoy al Papado los diarios que se dicen amigos de la Polonia, con la cólera que excitó este acto entre los diarios rusos.

El 24 de Mayo de 1864, cuando las otras potencias habían olvidado ya a Polonia desarmada, entregada sin defensa a sus verdugos, el Santo Padre pronunció en la propaganda una alocución a su favor, que ha tenido un gran eco.

En Julio de 1864, dirigió una Encíclica a los Obispos de este desgraciado país.

En fin, aun ahora, cuando todos los soberanos de Europa, sin excepción, permanecen espectadores mudos de las persecuciones de la nación mártir, y no encuentran una palabra que pronunciar en su favor, solo el Santo Padre ha levantado la voz para defenderla. Es verdad que dirigió a la Polonia algunos reproches; mas cuando se ha dado á un pue-

razas?» El príncipe Gorschakoff, hablando de este pasaje, decía: « que las observaciones orales del marqués Pepoli estaban hechas con tan poca insistencia, que apenas podía creer que se les prestase atención.»

La Francia, que no temió por sostener a la Italia, combatir al Austria, insultar á la Alemania y sembrar el pesar y la desconfianza en el corazón de sus propios hijos católicos; la Francia, que por proteger en México miserables intereses pecuniarios, no ha dudado quebrar con una poderosa república, unida a su alianza por mas de medio siglo, ¿ha hecho otra cosa que manifestar a la Polonia estériles simpatías?

blo tales señales de cariño, se tiene el derecho de hablarle un lenguaje sincero. Resulta, pues, que entre los soberanos de Europa solo al Santo Padre, el mas débil de todos, no le ha faltado nunca ni energía ni valor al frente de la Rusia. *

Además, para apreciar su actitud, tomaremos una cita de un libro justamente apreciado en la diplomacia contemporánea, y que no será sospechoso, puesto que ha salido en los artículos de la *Revista de los dos Mundos*.

Su autor, M. Klaczko, estaba bastante al corriente de los negocios de su país para saberlo todo; y demasiado franco para decirlo, se expresa así:

Solo el Soberano Pontífice no ha escaseado a la desgraciada nación palabras y testimonios de una conmiseración profunda. No se limitó a despachos oficiales. Envió al cardenal Reisach a Viena en misión confidencial; escribió más de una carta tierna y ardiente al emperador Francisco José, a fin de comprometerlo a una acción común y enérgica con la Francia, y en las oraciones públicas proclamó resueltamente a la faz del mundo: « Soldados de la civilización y de la

* En este desfallecimiento universal de los grandes pueblos y de los grandes Estados, el mas débil, el mas desarmado de los soberanos europeos, es el que ha llenado únicamente su deber; solo él ha correspondido á la esperanza de los corazones generosos; solo él ha obedecido a la voz de la justicia y de la piedad. Y el mas débil de los soberanos es el jefe de nuestra religión, el padre de nuestras almas. Él es quien nos da en este momento el sublime y consolador espectáculo de la protesta del débil contra el fuerte, de la justicia contra la iniquidad, de la verdad contra la mentira. Abogando así por la Polonia, Pio IX, sin quererlo, y tal vez sin pensarlo, ha dado al mundo el mas poderoso argumento en favor del poder temporal del Papado. Nunca se ha probado mejor que no puede tener completa independencia mas que en la soberanía. Que se nos muestre otra manera de ejercer su autoridad libre y suprema como debe, como es necesario a la justicia y a la verdad que personifica en favor nuestro.

Procurad figuraros un Papa súbdito ó vasallo asalariado de un rey de Italia; representáoslo usando de este noble y generoso lenguaje ante un amo aliado ó cómplice de la opresión que es necesario denunciar, ó de la traición que es necesario descubrir!

fe,» a este pueblo armado, que los mas poderosos de la tierra no han podido decidirse a declararlo beligerante. Además, el año siguiente, cuando el silencio del sepulcro rodeaba despues de algun tiempo, la víctima de Mouravieff, Pio IX no temió evocar el nombre de la Polonia, y protestar delante de Dios y delante de los hombres, contra este exterminio de toda una raza cristiana, que se verificaba en la mitad del siglo XIX. Y ciertamente no tendrá que reprenderse en este mundo ni en el otro, "el haberse cansado de la piedad," y exclamar el *Væ mihi quia tacui!* que recuerda su conmovedora alocucion.

Exposicion de la conducta de la Santa Sede en los asuntos religiosos de la Polonia.

Nada es capaz de intimidar a Pio IX cuando se trata de su deber. El ejército frances iba a desocupar a Roma, y a abandonar al Papa a merced de sus enemigos que lo cercaban por todos lados. El Soberano Pontífice, fiel a la divisa: Haz tu deber, suceda lo que suceda, no dejó de publicar las piezas oficiales, tremendas para el gran perseguidor de la Iglesia, bajo el título: *Esposizione documentata sulle costanti cure del summo Pontefice Pio IX á ripari dei mali che soffre la Chiesa cattolica nei dominii di Russia, et Polonia. Roma della stamperia della segreteria di Stato, 1866.* Es un grueso volumen en 8.º de 313 páginas. La exposicion sola abraza 35. Comienza por la narracion de la conferencia del czar Nicolás con Gregorio XVI, y acaba por la de la famosa audiencia del baron de Meyendorff, el 27 de Diciembre de 1865, y por un apercibimiento sobre la deportacion y muerte de Mr. Kalinski, obispo de Chelm, así como sobre las últimas persecuciones del gobierno moscovita. La escena con M. de Meyendorff, es casi como la refieren los diarios.

El Papa se queja, no tanto de no haber recibido, aunque con gran sorpresa suya, ninguna demostracion del gobier-

no ruso, que tienda a desaprobar la incalificable conducta de su encargado de negocios, sino principalmente de haber visto redoblar las pretensiones contra la Iglesia, y llegar al fin, al punto hiperbólico é inaudito en que están ahora. El Santo Padre declara, que en presencia de estos atentados, de estos crímenes y de estas abominaciones, no le queda mas que deferir la presente Exposicion y los documentos que la acompañan, al tribunal de la opinion pública de la Europa y del mundo entero.

Esta apelacion solemne contra las enormidades del gobierno moscovita, se ha distribuido a los Cardenales, y enviado a todas las cortes extranjeras.

A consecuencia de este acto oficial, el gobierno ruso ha sido acusado por la autoridad mas grande, mas santa y mas venerable del mundo. Toca ahora a la Europa formular su veredicto.

Los documentos que acompañan a la Exposicion son cien, y todos de un interés indisputable. Entre ellos se nota especialmente, la Memoria remitida por Gregorio XVI el 13 de Diciembre de 1845, al Emperador Nicolás; la respuesta del czar presentada por él mismo al Papa, el 17 de Diciembre del propio año; las notas de la Santa Sede y de la diplomacia rusa, sobre los negocios de la Iglesia de Polonia; los ukases injustos y las ordenanzas tiránicas del gobierno ruso; la correspondencia del Papa con los obispos de Polonia; en fin, su correspondencia con Alejandro II.

Nuestro plan no nos permite reproducir la Exposicion toda entera, nos limitaremos a citar la conclusion que mira sobre todo a la conducta de Pio IX.

"Mientras el gobierno imperial publicaba ordenanzas severas, y las pasiones se enardecian, la lucha entre el pueblo y sus gobernantes tomaba proporciones gigantescas. Conmovido por las calamidades de las que era presa la nacion polaca, y de la ruina religiosa que la amenazaba, el gefe de la Iglesia creyó que su deber apostólico y su amor hácia este pueblo, le exigian que se dirigiese al emperador

una vez mas, para hacerle oír la voz de la verdad y de la justicia, y recordarle que la causa principal de las frecuentes agitaciones de la Polonia, era la opresion religiosa, bajo la cual gemia despues de noventa años, esta ilustre y generosa nacion, cuyo destino se encuentra intimamente ligado al catolicismo. Le dirigió noblemente la súplica de que volviese a la Iglesia su autoridad, y a los fieles la libertad de profesar plenamente su antigua religion; lo que quitaria uno de los mas graves motivos de descontento, y podria contribuir singularmente a restablecer la calma en los espíritus tan profundamente agitados.

Todo el mundo sabe las escenas de violencia y de sangre que siguieron entónces en el reino de Polonia. El digno arzobispo de Varsovia fué arrancado a su rebaño y relegado a Jaroslaw, en una region distante, desde donde no podia comunicarse con los sacerdotes y fieles de su diócesis, mas que por el intermedio de la cancilleria imperial, como si a ésta le tocase juzgar cuáles actos debian espeditarse, y como si el gobierno espiritual de la archidiócesis dependiese de esta cancilleria. Durante estos sangrientos conflictos, los eclesiásticos fueron ó proscritos ó encarcelados, ó sentenciados a muerte, únicamente por que no habian rehusado los auxilios de la religion a los heridos y moribundos en los campos de batalla; los monasterios eran profanados por la presencia de los soldados, y trasformados en cuarteles. Los objetos del culto y los ornamentos de los templos, fueron presa de los ladrones; las escasas rentas de los obispos y cabildos, estaban sujetas a contribuciones particulares y multas, cuyo pago se les exigia durante todo el tiempo del estado de sitio en Polonia. En un gran número de parroquias, la celebracion de los oficios divinos se suspendió, y la administracion de los sacramentos se hizo casi imposible por la deportacion continua de los miembros del clero a los confines de la Rusia y de la Siberia. Estas medidas, tomadas de preferencia contra los curas y capellanes, descubrian la voluntad reprimida de arrastrar al cisma provincias en-

teras. El general Mouravieff, nombrado gobernador de la Lithuania, tuvo que recurrir a los medios mas violentos para conseguir este fin y volver completamente rusas las provincias lithuanienses; ya instalaba millares de aldeanos rusos en las granjas y aldeas quitadas a los señores proscritos ó relegados a Siberia; ya forzaba a la clase média y al pueblo de las ciudades, a elegir entre el destierro a tierras lejanas ó la apostasia; de acuerdo con el metropolitano cismático de Lithuania, el general gobernador fundó una academia de teología cismática en Wilna, a fin de ayudar a la propagacion de la religion dominante; anunció al obispo cismático de Kalonga, cómo iba a organizar la administracion rural y la instruccion primaria, para destruir en Lithuania el elemento religioso y polaco; envió una circular confidencial para impedir que la enseñanza de los aldeanos fuese confiada a los católicos, para eliminar la lengua polaca de las escuelas y catecismos, y para hacer organizar por sacerdotes cismáticos, escuelas rurales en el interés de la nacionalidad y religion rusa. Con el mismo fin el obispo cismático de Minsk, dirigió a su clero una carta pastoral para hacerle abandonar definitivamente la lengua polaca, y celebró en Wilna como un triunfo, el vigésimoquinto aniversario de la deplorable defeccion de los griegos-unidos. Mientras que se ponía todo esto en obra para promover el cisma en Lithuania, se trataba de la manera mas violenta a la Iglesia católica, y el respetable obispo de Wilna, por no haber querido prestarse a los caprichos injustos del gobernador, fué arrebatado a su rebaño y desterrado a un país desconocido. Parecia que no se podia ir mas léjos; pero un hecho reciente, que no tiene semejante en los anales de la Iglesia, acaba de demostrar aún mas claramente, el caso que el gobierno ruso hacia de la autoridad de los obispos y de los principios fundamentales de la religion católica. Un acto gubernamental decretó que el venerable prelado de Varsovia, fuese privado de toda jurisdiccion episcopal en su diócesis; prohibió a todo miembro de su rebaño, que se co-